CUENTO N° 262

TÍTULO: PANCRACIO, MI GATO, MI AMIGO, MI HERMANO

SEUDÓNIMO: HOPE

PANCRACIO MI GATO, MI AMIGO, MI HERMANO
Hope

Pancracio es mi gato, mi gran compañero. Llegó a nuestra casa siendo muy bebé. Había que alimentarlo con mamadera. Aprendió muy rápido todo, sin embargo, necesitaba una madre y eligió a mi mamá. Por lo tanto, Pancracio es mi hermano pequeño. La vida con él ha sido una gran aventura. Al principio, lo consideraba una linda mascota, con su pelaje blanco con manchitas café claro. Jugábamos mucho, paseábamos por los jardines del condominio donde vivíamos, lo llevábamos a vacacionar con nosotros. Por las noches, Pancracio dormía con mamá. Ella lo cuidaba, lo llevaba al veterinario, lo regaloneaba. Éramos una gran familia.

Pasado el tiempo, cuando yo ya tenía 15 años y cursaba enseñanza media, conocí a Camila, con la cual iniciamos un romance. Salíamos casi todos los días. Deje de preocuparme de Pancracio. Casi no lo veía. Camila y mis amigos eran mi prioridad. Me puse rebelde con mi mamá. Se rompió la armonía que habíamos disfrutado durante mucho tiempo.

Entonces, una noche al irme a acostar, Pancracio estaba en mi cama y yo como un mal hermano mayor lo empujé y le dije que se fuera de mi pieza.

Pancracio se enderezó y con una mirada penetrante me dijo: -Escucha, Tomás, tu comportamiento deja mucho que desear. Te has transformado en una persona mal agradecida y muy insolente. Somos familia y debemos respetarnos. Piensa bien lo que estás haciendo. Iré a dormir con mi mamá. Mañana conversamos-.

Me quedé perplejo, pasmado, incrédulo. No entendía lo que había pasado. ¿Pancracio realmente me habló? O ¿fue mi imaginación? Incluso pensé que era mi conciencia. Reconocía que mi comportamiento había sido detestable últimamente. Con miles de pensamientos y preguntas en mi cabeza, me dormí.

Al otro día, mi mamá me despertó, me sirvió desayuno y me dejó en el colegio mientras ella se dirigía a su trabajo. Por su parte, Pancracio actuaba como de costumbre, siempre detrás de mi mamá o de nuestra mamá, debería decir. Sin embargo, cuando me despedí

de él, me cerró un ojo, lo que me volvió a confundir.

Aquel fue un día muy largo, estuve distraído, silencioso, lo único que deseaba era volver a casa y enfrentarme a Pancracio. A la hora del regreso, me excuse con Camila y mis amigos. Les dije que estaba afiebrado. Tenía que llegar antes que mi mamá. Corrí desesperado y cuando entré, ahí estaba él, mi pequeño hermano.

-Hola, Tomás -me dijo- te estaba esperando.

-¿Desde cuándo hablas? -Le pregunté.

-Desde siempre. Solo que ahora tú me entiendes.

Después de ese dialogo, Pancracio me explicó que ambos teníamos una gran conexión, lo que permitía que pudiéramos comunicarnos. Me propuso que no perdiéramos ese nexo y que ambos nos beneficiáramos, que volviéramos a ser una familia unida. Que nos escucháramos y apoyáramos mutuamente. Pero, sobre todo, que hiciéramos feliz a mamá. Yo acepté la proposición y aunque mantuvimos esta unión, que fue creciendo y enriqueciéndose con el tiempo, para Pancracio y para mí, se convirtió en nuestro gran secreto.

Las cosas mejoraron mucho en nuestro hogar. Pancracio era un gran consejero, siempre me daba buenos consejos, sobre todo en mi etapa de adolescente.

Recuerdo la vez que salí con mis amigos y me emborraché. Pancracio me recibió en la puerta y me hizo sacarme los zapatos y acostarme sin hacer ruido. Incluso imitó mi voz para avisarle a mamá que había llegado. Luego se acostó junto a ella para que no se levantara para ir a verme. Por supuesto que al otro día me regañó. Mamá ni se enteró de mi aventura nocturna y yo no la volví a repetir.

Durante las vacaciones de verano, antes de iniciar mis estudios superiores viajamos al sur, mamá, Pancracio y yo. Fue un largo y cansador viaje, pero conocimos muchos lugares, sobre todo aquellos donde se permitían las mascotas. El lugar donde nos quedábamos era campestre y con poca población, por lo tanto, Pancracio y yo solíamos salir a caminar, mientras mamá cocinaba. En esas ocasiones, teníamos grandes pláticas, nos aconsejábamos, de manera que los dos actuáramos de acuerdo a lo considerado normal por la mayoría de las personas. Yo, como un adolescente, y él, como un gatito regalón. El resto del tiempo, Pancracio lo pasaba con mamá, a quien adoraba, él

realmente la consideraba su mamá. Se comportaba como un bebé con ella. Para mamá, él era su bebé.
Cuando volvimos de nuestro viaje, yo empecé los preparativos para ingresar a la Universidad, mamá se preparaba para volver al trabajo y Pancracio enfermó de una dermatitis que lo tuvo muy complicado de salud. La veterinaria nos explicó que el viaje había sido muy estresante, debido a la gran cantidad de horas encerrado en un vehículo. Debimos cuidarlo mucho, darle sus medicamentos y regalonearlo. Nosotros estuvimos muy asustados, porque no queríamos perderlo, en verdad lo amábamos. Mamá lloró mucho por él. Se sentía culpable. Cuando al fin mejoró, yo partí a estudiar, mamá a trabajar y Pancracio se quedaba en casa, haciendo las cosas que hacen los gatos como comer, beber agua, jugar y, por supuesto, dormir.
Las siguientes veces que fuimos de vacaciones, mamá contrataba una persona para que cuidara y acompañara a Pancracio.
Durante mi estadía en la Universidad continué comunicándome con Pancracio vía telefónica una vez a la semana. Era emocionante poder hacerlo. Yo le contaba sobre mis estudios, mis compañeros, mi nueva novia y él me hablaba de mamá, de las amigas y familiares que los visitaban.

Al pasar el tiempo, una vez terminados mis estudios, encontré trabajo en una empresa, conocí a la mujer de mis sueños con quien me casé y tuvimos dos hijos. Durante la boda mamá me acompañó al altar con Pancracio en sus brazos, lo que resultó bastante pintoresco. Él sale en todas las fotografías. Afortunadamente, mi esposa Mariela era amante de los gatos. Por lo tanto, nos visitábamos frecuentemente. La comunicación con Pancracio continúo siendo un secreto. Él siempre estuvo presente en los buenos y malos momentos, como el nacimiento de Joaquín, mi hijo mayor, y luego de Anita. También me acompañó cuando fallecieron mis abuelos, en las enfermedades de mis hijos, en mis crisis matrimoniales y por supuesto en las grandes ocasiones como el ascenso en el trabajo, los cumpleaños. Pancracio ha sido el mejor amigo y hermano que todos desearían tener.
Cuando mi hijo Joaquín cumplió 12 años empezó a jugar mucho con Pancracio, lo

visitaba muy seguido. A veces lo llevaba a nuestra casa y hablaba mucho con él. Decidí preguntarle a Pancracio que lo unía con Joaquín y él me confesó que ambos se comunicaban de la misma forma que lo hacía conmigo. Eso sí que me aclaró que la relación era de tío y sobrino.

Un día mientras almorzábamos Joaquín nos dijo: -¿Sabían ustedes que Pancracio sabe hablar?

Anita le contestó: -Claro que sí. Igual que todos los gatos dice miau.

-No, él habla como nosotros -dijo Joaquín.

Mi esposa como psicóloga les explicó que las personas se comunican con los animales de diversas formas y que Joaquín podía entender lo que Pancracio decía y Anita por ser pequeña solo entendía miau. Aparentemente ambos quedaron satisfechos con la respuesta de su madre. Sin embargo, luego estando solos, Joaquín me confesó que él también mantendría el secreto sobre Pancracio, tal como lo hacía yo. Comprendí, entonces que ambos teníamos la habilidad de comunicarnos con Pancracio. No sabía porque, pero intuía que el cariño y el amor que le teníamos podía ser la respuesta a dicha interrogante.

A través del tiempo, Pancracio y yo íbamos envejeciendo, mis hijos creciendo, mi esposa transformándose en el pilar del hogar y mi madre adquiriendo una gran sabiduría que la utilizaba para guiarnos, dándonos los mejores consejos para lograr nuestros sueños. Pancracio siguió aconsejándome en mis proyectos y recriminándome cuando me desviaba del camino correcto.

La intervención de Pancracio en mi familia fue primordial para mantenernos unidos. Ninguno de nosotros podía mirarlo como una simple mascota o un lindo gatito. Era como una luz que nos iluminaba para sacarnos de la oscuridad que suele invadirnos cuando los problemas y los inconvenientes nos dominan.

Mamá y Pancracio vivían solos, compartían como si fueran madre e hijo. Un hijo extremadamente regalón y una madre protectora. Tenían una hermosa relación que cualquier humano envidiaría. De hecho, cuando yo era pequeño, muchas veces sentí celos y lo mismo le ocurrió a mi hijo Joaquín. Pero la luz que irradiaba Pancracio y la tranquilidad de mi madre nos permitió comprender y aceptar esta situación. Era un amor

especial, incluso distinto al nuestro. Se sentía en el ambiente.
Mi madre era una persona saludable, por eso cuando enfermó y fue diagnosticada de cáncer, fue un golpe terrible para la familia. El diagnóstico fue lapidario, pues presentaba metástasis en varios de los órganos principales. El pronóstico era de seis meses de vida. Los medicamentos solo reducían el dolor. A pesar de todo, mamá decidió disfrutar al máximo el tiempo que le quedaba. Y así lo hizo. Compartió con nosotros lo más que pudo, realizó algunos viajes dentro del país. Dejo todo ordenado. Pancracio fue su gran compañía, la cuidaba día y noche. Si se sentía muy mal, me llamaba por teléfono. Yo acudía rápidamente para tratar de aliviarla de alguna manera. Fue una etapa durísima. Cuando le llegó el momento de partir, lo hizo con la misma dignidad con que vivió, en paz.

Sin duda, mamá fue siempre una mujer excepcional. Cuando esto ocurrió, Pancracio se recostó junto a ella, cerró sus ojos y sin darnos cuenta él, también partió junto a la mujer que más amó, su madre.
Nosotros como familia, perdimos a los dos seres que más amábamos y quienes nos enseñaron el valor de la familia, el respeto, el amor y la aceptación de todos quienes nos rodean. Aunque ellos no están físicamente con nosotros, aún podemos sentirlos. Gracias mamá, gracias Pancracio por seguir siendo parte de nuestras vidas. Siempre los amaremos.

////////////////////////////////